

Kazumi Yumoto

VIAJE A LA COSTA

Traducción del japonés
Rumi Sato y José Pazó Espinosa

 NOCTURNA
EDICIONES

Título original: *Kishibe no Tabi*

© de la obra: Kazumi Yumoto, 2010

Publicado en 2010 primera vez en Japón por Bungeishunjū Ltd.

El acuerdo por la cesión de los derechos para la traducción al español se ha cerrado con Kazumi Yumoto a través del Japan Foreign-Rights Centre / Ute

Körner Literary Agent, S.L.U.

www.uklitag.com

© de la traducción: Rumi Sato y José Pazó Espinosa, 2016

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna Ediciones: febrero de 2016

Preimpresión: Elena Sanz Matilla

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código IBIC: FA

ISBN: 978-84-944243-4-2

Depósito Legal: M-3790-2016

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

VIAJE A LA COSTA



Estaba preparando el relleno de sésamo negro molido y azúcar y me disponía a hacer *shiratama*, unas bolitas de masa de arroz rellenas con esa pasta dulce. Entonces, sin saber por qué, alcé la vista y me encontré con mi marido Yusuke de pie en la penumbra del fondo, tras el mueble-bar. Las bolitas de *shiratama* eran su dulce favorito. Me había extrañado el súbito deseo de tomarlas a esas horas de la noche. De repente, caí en la cuenta: «Ah, era por eso». Después de todo, ocurrió tal y como siempre lo había imaginado. Habían transcurrido tres años desde que Yusuke desapareció, pero yo siempre mantuve la esperanza de que estuviese vivo en algún lugar, de que hubiera comenzado una nueva vida con otra mujer.

El agua estaba hirviendo. Envolví rápidamente la pasta negra con la masa y dejé caer las bolitas dentro. Yusuke se puso de pie silenciosamente. Miraba mis manos a través del vapor. Esa escena se había repetido a menudo antes de su desaparición. Le gustaba contarme las cosas que habían sucedido ese día, andando de acá para allá a mi

lado, mientras yo cocinaba. Incluso en los momentos en que no se atrevía a decirme nada, observaba pacientemente lo que yo hacía en la cocina. Aquel día, la noche anterior a su desaparición, también permaneció de pie ahí durante un buen rato. Yo levanté la mirada para hablarle, justo cuando él se estaba retirando a su habitación. Si le hubiese dicho algo en aquel instante, si le hubiese detenido a la fuerza con cualquier palabra...

—Bienvenido a casa —le dije ahora. Sólo después de que esas palabras salieran de mi boca, fui consciente de haberlas pronunciado.

Pareció aliviado.

—Me he dado prisa —se excusó. Su tono era de fastidio, pero más inexpresivo que cuando estaba enfadado de verdad—, aunque he tenido que venir andando.

—¿Andando?

—Sí.

—¿Desde dónde?

No respondió, sino que me preguntó:

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Tres años.

Entonces emitió un leve grito de sorpresa. Su boca abierta era un agujero redondo y negro. No se le veían los dientes.

—Pues sí que he tardado...

Las bolitas de *shiratama* saltaban dentro de la cacerola. El relleno oscuro comenzó a revelar poco a poco su color bajo la masa blanca

semitransparente. Apagué el fuego y serví las bolitas con su jugo caliente en un pequeño cuenco rojo.

—Aquí tienes.

Yusuke se sentó a la mesa del comedor y se quedó observando el contenido del cuenco. De repente, alzó la vista y dijo:

—Apaga la luz de la cocina.

Cuando se apagó el fluorescente, la estancia quedó envuelta en una nube roja, opaca. Sólo la lámpara sobre el aparador, al que nosotros llamábamos la «caja roja», iluminaba débilmente el entorno. Yusuke había encontrado esa lámpara, con la pantalla hecha de vidrios cuadrangulares pegados, en una tienda de antigüedades. Más allá de la nube roja se extendía una densa oscuridad. Dentro de aquel ambiente, similar al de la cueva de unos hombres primitivos, contemplé con emoción el rostro de mi marido al cabo de tanto tiempo. Quizá por la luz rojiza, la línea esbelta de sus mejillas y sus ojos rasgados con aquellos párpados sin pliegues parecían los de una imagen tallada en madera. Ahora percibí en él más claridad y firmeza que antes, bajo la luz del fluorescente. Inconscientemente, buscaba alguna señal. No sabía qué tipo de señal, pero sentía que, si la encontraba, me quedaría más tranquila. Buscaba una señal, cualquiera.

Tal y como acostumbraba antes de desaparecer, Yusuke tomó un sorbo del jugo y luego se metió una bolita en la boca. De inmediato exclamó:

—¡Ay, quema! —Y entreabrió los labios.

La grasa de la pasta de sésamo estaba aún caliente.

—Ten cuidado.

—Están bien hechas... Las de hoy... No se les ha salido nada el relleno. —Sin siquiera mirarme, resoplaba hinchando las mejillas. Parecía tener hambre.

—Te has afeitado, ¿no?

—Pensé que tendría mal aspecto con la barba descuidada.

Guardé silencio. Entonces añadió:

—Te parece extraño, ¿verdad? Me crece la barba. ¿Quieres tocarme?

—Sí.

Yusuke dejó los palillos en la mesa y acercó ligeramente el mentón hacia mí. Junté los dedos corazón y anular de la mano izquierda y le rocé suavemente. Sentí numerosas puntas negras que asomaban por los poros. Retiré la mano sin querer.

—¿Te sorprende?

—Sí, un poco.

—Mi cuerpo fue devorado por los cangrejos en el fondo del mar, ya hace tiempo.

—¿Cómo?

—Algunos de los cangrejos que me comieron han sido pescados por los hombres, pero aún quedan otros que siguen vivos. Los que siguen vivos están esperando, meciéndose en el fondo del mar, como suelen hacer.

Me pregunté qué esperarían los cangrejos. Yusuke no hacía más que dar golpecitos con los palillos en el fondo del cuenco. Luego cogió una bolita con las puntas y la miró como si observase una muestra de un espécimen raro.

—Es molesto —agregó— que me crezca la barba.

—¿Por qué no te la dejas? Te sienta bien.

—Pero fuiste tú quien me dijo... —con cuidado, se llevó a la boca la bolita que sostenía en las puntas de los palillos y la tragó de una vez, rápidamente, como un pez engullendo su presa— que era preferible ir afeitado, para producir una buena primera impresión.

—Me refería a cuando conoces a alguien por primera vez.

—He estado viajando. Me han tenido que ayudar a llegar hasta aquí.

—¿Te puedo tocar otra vez?

—Bueno, venga.

Acaricié su barbilla. Era áspera. Mientras la acariciaba, recordé que su piel enrojecía cada vez que se afeitaba. Me decía que yo manejaba bien la maquinilla y, de vez en cuando, me pedía que lo afeitara.

—Ya está bien, ¿vale?

De improviso, retrocedió con aire malhumorado. Fijó la mirada en el fondo del cuenco. Al bajar los ojos, los párpados emergieron como unas lunas gemelas en la penumbra.

—Oye —volví a hablar—, has dicho que has tardado mucho...

—Sí. He tardado tres largos años en llegar hasta aquí —respondió sin apartar la mirada del cuenco—. He tardado tres años en regresar. Aunque no he perdido el tiempo —observó con tono monocorde.

—¿No has perdido el tiempo? ¿Qué has hecho?

No me respondió. Sorbió el jugo lentamente.

—¿Por qué desapareciste?

—Estaba enfermo.

—No todos los enfermos hacen algo así.

Dejó el cuenco vacío en la mesa con un ruido sordo. Luego dijo:

—Tienes toda la razón.

—Te busqué. Mucho, ¿sabes? Denuncié tu desaparición a la policía para que te buscaran. No sirvió de nada.

—Los policías están muy ocupados. No les preocupa un hombre hecho y derecho que se va libremente por ahí.

—¿Dónde has estado todo este tiempo?

—¿Tú no quieres comer? —Yusuke se inclinó hacia delante y posó la mirada en mi cuenco.

—No, cómetelas tú.

Siguió contemplando el cuenco sin pinta de ir a moverse. Lo escrutaba de tal forma que daba la impresión de ir a absorber su contenido por los ojos.

—Fue algo raro, todo pasó en un instante muy breve... —Me miró furtivamente y volvió a mirar mi cuenco. Se lo puse delante y

se irguió en la silla—. Ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. Una vez dado el primer paso, una vez que el asunto se puso en marcha, ya no había marcha atrás. Fue demasiado rápido. En cuanto me caí al agua, fui arrastrado hacia el fondo.

Ser arrastrado hacia al fondo, esa sensación la conocía yo también. Cuando era niña, un loco me tiró a un río. Casi me ahogué. Todavía recordaba el color del agua turbia, mis manos dentro, tan grandes como las de un adulto, las numerosas burbujas que subían hacia la superficie y mi falda a cuadros extendida, bailando en el agua... La señora que hacía el reparto de la frutería me rescató y me llevaron al hospital. Cuando recuperé la conciencia, mi padre estaba a mi lado. Me dijo:

—Estás a salvo. Tienes suerte de seguir viva.

Mi padre era una persona taciturna que no abría su corazón fácilmente. Pero ese día vi un brillo extraño en su expresión. Yo no comprendí el sentido de sus palabras: «suerte de seguir viva». Pero gracias a él, perdí el miedo al agua y llegué a ser una buena nadadora.

—Todo por el agua. Siempre el agua...

—Apenas sufrí.

—Qué bien —comenté, y Yusuke permaneció en silencio—. Me refiero a que no hayas sufrido, ¿entiendes?

—Ya lo sé. Pues sí, fue mejor así, creo.

Él jugueteaba con los palillos que utilizó diariamente durante muchos años. De pronto, como si súbitamente hubiera tomado la

decisión, engulló las bolitas del segundo cuenco. Cuando terminó de masticarlas, su imagen se volvió aún más real.

—Dame un poco de té.

Fui a la cocina. Había dejado de tomar té verde cuando me quedé sola. Era Yusuke a quien le gustaba el té verde. Saqué del congelador el que había comprado hacía mucho tiempo para él y lo preparé con esmero.

—Qué rico. Es té fresco, ¿no?

Bebió de su taza habitual, con los ojos entreabiertos. La verdad, no parecía un té que hubiera estado congelado durante tres largos años.

—Ese momento... lo percibí. El instante en que algo parecido al alma se separa del cuerpo. Tan pronto como eso se separó de mi cuerpo, sentí alivio. Y tan pronto como me sentí aliviado, grité para mis adentros: «¡Por todos los cielos!».

—¿Pensaste eso?

—Sí.

No sabía qué decir.

—Ciertamente no sufrí. El rato que sufrí dolor y ahogo fue muy breve. ¡Vaya decepción! Sin embargo, la sensación de arrepentimiento que tuve durante un segundo mientras me decía «¡por todos los cielos!» fue momentánea, pero muy intensa.

De repente, la estancia vibró como si estuviera dentro del agua. La luz de la bombilla parpadeaba y oscilaba bajo los vidrios rojos.

Yusuke continuó:

—Aunque te suene extraño..., lo que sintió arrepentimiento no fue mi alma, sino mi cuerpo.

—¿De verdad sentiste eso?

—Sí, lo sentí.

—¿Que se separaba el alma?

—Eso.

Me quedé en silencio.

—A lo mejor mi alma y mi cuerpo miraban en direcciones muy diferentes. Y, cuando se separaron, llegaron a comprenderse perfectamente.

—¿Y por eso has regresado andando?

Yusuke permaneció cabizbajo. Durante un rato, nos quedamos sentados uno frente al otro, en aquella habitación semejante a una cueva rojiza.

—No se trata de estar arrepentido. En todo caso, yo no podía vivir mucho tiempo más. Estaba enfermo.

La luz aún seguía oscilando. Era probable que la bombilla estuviera a punto de fundirse. Si se apagara, nos quedaríamos a oscuras. Temía que Yusuke desapareciera si nos quedábamos sin luz; tenía muchas cosas que hablar con él, muchas cosas que preguntarle.

—Cuéntame cómo has pasado estos tres años —me pidió. En efecto, él desconocía mi vida en los últimos años, al igual que yo desconocía la suya—. Si no te apetece, no tienes que contarme nada.

—Te busqué mucho. —No necesitaba esforzarme demasiado para recordar todo lo que había hecho—. Al principio, iba todos los días a los lugares donde creía que sería posible encontrarte. Pregunté por ti a los voluntarios que repartían comidas y ropa, a la gente sin techo en templos, iglesias, parques y orillas de los ríos. También enseñé tu foto a las personas que proporcionaban trabajos a jornaleros, por si te reconocían.

—¿Pensabas que yo seguiría vivo en alguno de esos lugares?

—No se me ocurría otra cosa que pudiera hacer. —Tras un silencio, continué—: Por las mañanas, cuando me despertaba sola, el aire de nuestro dormitorio estaba extrañamente fresco. Me levantaba de inmediato y me ponía en movimiento.

Asintió con un sonido gutural.

—Te busqué durante todo un año. Conocí a mucha gente mientras lo hacía. No sé por qué, pero todos pensaban que era un niño lo que buscaba. Un hijo, no una hija, además. Cuando les enseñaba la foto y veían que era mi marido, me miraban sin interés, como si de golpe hubiera dejado de interesarles mi historia.

—No tenías por qué buscarme.

—¿No querías que te buscara?

Yusuke guardó silencio.

—«Es posible que su marido no quiera que lo busque», me dijeron varias veces.

—¿Quién te lo dijo?

—Mucha gente.

—En todo caso, sería gente que no me conocía de nada.

—¿Querías que te buscara?

—Nunca lo pensé. Ni sí ni no.

Esa honestidad era muy propia de Yusuke. Me levanté y preparé más té.

—Al año siguiente, ya no te busqué —le confesé mientras dejaba la taza caliente delante de él.

Entonces me preguntó sin levantar el rostro:

—¿Por qué?

—Me pasaba todo el tiempo durmiendo.

—¿Estuviste enferma?

—A pesar de que me dolía el corazón, el médico me dijo que estaba bien. Me recetó un medicamento que me daba mucho sueño e incluso me dijo que podía dormir todo lo que quisiera si me encontraba cansada.

—¿Y ahora?

—Ya he dejado de medicarme. No me duele nada... y llevo una vida normal.

—¿Cómo te las has apañado con el dinero? Supongo que apenas te quedará.

—Me pondré a trabajar en breve. Hasta ahora he estado tirando de los ahorros que tenía antes de casarme.

—¿Ahorros antes de casarte? ¿No te has gastado mi dinero?

—Dejé los gastos domiciliados en tu cuenta, el teléfono y la luz... Pero no he tocado nada más de lo tuyo. Te estoy muy agradecida, sobre todo por poder vivir en esta casa.

Exhaló aire con aspecto satisfecho. Luego me miró y dijo:

—Escucha, no hay que temer que encuentren mi cuerpo.

No supe qué contestar.

—Tal como te comenté antes, los cangrejos se lo comieron, ¿entiendes?

—¿Por qué dices eso?

—Me refiero a que no tienes que preocuparte por los problemas de herencia que puedan surgir hasta que hayan pasado siete años y se declare mi caso como una desaparición voluntaria. Si de repente apareciera mi cuerpo, no cabe duda de que surgirían bastantes complicaciones, ¿no?

—¿Desaparición voluntaria? O sea que, si no notifico nada, ¿el caso sigue abierto?

En ese momento, las cejas de Yusuke temblaron nerviosamente.

—De todas maneras, será mejor que liquides o cambies de titular mis cosas, según te convenga.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Crees que te voy a estar más agradecida por eso?

—No se trata de eso, tonta. Quiero decir que es mejor evitar, en lo posible, pagar impuestos, aunque haya que hacerlo.

A lo lejos se oyó la sirena de una ambulancia. La lámpara parpadeaba con más frecuencia que antes. Me levanté y fui a la cocina. «Haya luz o completa oscuridad, seguro que Yusuke desaparecerá. Tengo que impedirlo. No sé qué haré con él ni qué nos pasará, pero todavía lo necesito. Las cerillas... Creo que estaban en un cajón del armario, al lado del fregadero...».

—Qué raro. —Procuré mantener un tono de voz ligero. Tiré del primer cajón, lo cerré de inmediato, tiré del segundo y palpé dentro. Mi mano tocó un abrebotellas, gomas elásticas, un destornillador...—. Tuve una vez un sueño en el que trabajabas en una especie de granja en algún campo. Algo así como una bodega... O la casa de una familia que producía algo rico como encurtidos o *tsukudani*¹. Estabas allí y levantabas una cesta muy grande llena de hojas de árbol... Parecía pesar mucho. La cara se te ponía muy roja. Me sorprendió mucho, porque nunca antes te había visto haciendo ningún trabajo físico. Después habló un anciano, aparentemente el dueño de la casa: «No sé de dónde ha salido ese hombre, pero es muy trabajador. ¿Por qué no dejamos que se quede con nosotros?». Si lo viera, lo reconocería. Me acuerdo de él perfectamente. —Me giré para hurgar en los cajones en la oscuridad. Me resultaba más fácil hablar dándole la espalda que hacerlo cara a

¹ Una comida para acompañar el arroz blanco, que consiste en pescado, mariscos o algas marinas cortados en pequeñas porciones y guisados en salsa de soja y mirin. (Todas las notas al texto son de los traductores).

cara. Luego continué—: Por eso, gracias a ese sueño, estaba segura de que seguías vivo.

No encontraba las cerillas. Levanté la mirada sin pensar y vi, oscilante, el rostro colorado de Yusuke bajo el reflejo de la luz escarlata de la lámpara. Su cabeza parecía a veces la de un demonio poseído por la ira, a veces la de un muchacho con las mejillas sonrosadas por la timidez. Cuando volví a meter la mano en el cajón, di de inmediato con la caja de cerillas.

—Hay una vela en el último cajón lateral de la cocina de gas —me informó aquel muchacho de mejillas sonrojadas.

En efecto, en el fondo del cajón había pegada una vela muy gastada.

—¿La has encontrado? —El que me preguntaba ahora era un demonio colorado.

Me produjo una sensación extraña que un muerto supiera mejor que yo dónde estaban las cosas de la casa. Aunque en parte era lógico, porque Yusuke había vivido allí solo antes de casarse conmigo.

—Sí, pero no sirve. La mecha está aplastada. No prenderá.

—La utilizaba para descorrer mejor las contraventanas.

—¿A cuándo te refieres?

En la casa ya no había contraventanas de madera.

—Hace mucho tiempo. Te conté que había vivido en una casa de alquiler, en el cabo, antes de mudarme aquí, ¿verdad?

Pensé que, a lo mejor, Yusuke se había tirado al mar desde aquel cabo. Una gran corriente de agua fría y rápida atravesaba esa zona, y arrastraría a cualquiera muy lejos, a algún lugar inesperado. Esa era una de mis ideas más recurrentes, le había dado más de mil vueltas en mi cabeza.

Manipulé la mecha de la vela con las uñas hasta que la saqué y encendí un fósforo. La mecha ardió con un chisporroteo y se apagó enseguida, dejando un olor a azufre. La luz rojiza de la lámpara seguía parpadeando igual que antes, como si la empujase la brisa. Tal vez el cable hiciera un mal contacto.

—¿Hay más *shiratama*? —inquirió Yusuke.

Encendí el gas y calenté la cacerola. Comió despacio el tercer cuenco. Oía cómo entrechocaban sus dientes.

—«No puedo creer que esté viendo a un muerto». Eso es lo que piensas, ¿verdad?

—¿Tú qué crees? No sé qué decirte...

—Puedo adivinar lo que estás pensando, Mizuki. Más o menos. Desde hace mucho tiempo y, quizá, mejor que tú misma.

—¿Por ejemplo?

—Opinas que no se me daba bien hacer el amor.

Me sorprendió.

—Nunca he pensado tal cosa. —Yusuke me clavó la mirada, inquisitivo. Estaba muy serio—. Nunca me he parado a considerar si lo hacías bien o mal. ¿Por qué piensas eso? ¿Te has tomado el trabajo de venir hasta aquí sólo para decirme eso?

—¿Deshiciste mi habitación?

—Está intacta. Pero no tuve más remedio que hurgar entre tus cosas. Lo entiendes, ¿no? —Al oírlo, miró hacia otro lado con incomodidad. Era lógico, puesto que yo había descubierto todo sobre él, incluso sus secretos. Pero su reacción tenía algo de infantil. Continué—: Escúchame. —En ese momento, la luz de la lámpara parpadeó violentamente y grité—: ¡Ah!

La habitación se quedó completamente a oscuras.

Palpé la mesa de comedor y, tan pronto como cogí la caja de cerillas, traté de encender una a toda prisa. No se encendía. Cuando prendió con aquel olor irritante que me llegó a la nariz, la silla frente a mí estaba vacía.

—¡Yusuke! —grité—. Espera..., ¡no te vayas!

El fósforo se consumió. Saqué otro enseguida, pero me temblaban las manos y no podía encenderlo. Se me cayó la caja abierta y las cerillas se desparramaron por el suelo. Llamé a Yusuke otra vez. Me sobrecogí al oír mi propia voz. Era como si surgiera desde el fondo de mis entrañas.

—¿Por qué estás tan alterada? —Su voz iluminó de nuevo la habitación con una suave luz rojiza.

La silla seguía vacía.

—¿Dónde estás?

No hubo respuesta.

—¿Dónde diablos estás?

Justo después de decirlo, lo vi acurrucado en el suelo de la cocina. Por los resquicios de la ventana entraba una corriente de aire. Se hallaba encogido, con el rostro hundido entre las rodillas, como un niño disgustado.

—¿Por qué estás ahí?

—Porque quiero.

—Oye... ¿No prefieres que encienda la luz?

—Ya está encendida, ¿no?

—Puedo encender otra.

Yusuke alzó el rostro muy despacio. Me miró con aquellos ojos negros que aparentaban ser de cristal, irrealmente de cristal, y me dijo:

—Ven aquí.

Me senté a su lado, obediente. Sobre el suelo frío de la cocina, con la espalda contra la pared fría, permanecimos quietos uno al lado del otro. Percibía el calor del cuerpo de Yusuke. También algo frío y denso en el núcleo de su cuerpo, que atravesaba la capa de calor hasta llegar también al mío.

—¿Lo que me has contado antes es cierto, Mi? —me preguntó distraídamente—. Tu sueño de que yo estaba trabajando en algún lugar...

—Sí.

—En el camino, cuando venía hacia aquí, después de haber muerto...

—¿Trabajaste después de morirte? ¿Levantando cosas pesadas?

—Ha sido un camino muy largo. No soy el primer muerto que hace algo parecido. Incluso hay algunos que se cansan durante el viaje y se quedan a vivir en algún punto del camino. Nadie se perca de que esa persona está muerta... Aunque un día, de repente, desaparece.

«Entonces, ¿y si Yusuke llevaba muerto desde que empezó a vivir conmigo?». Al pensar eso, me sentí mal, no por él, sino por el tiempo que habíamos compartido. Sin embargo, recapacité y supuse que tampoco ahora estaba realmente muerto. En ese caso, no habría vuelto a casa tal y como lo había hecho.

—¿No pensaste en quedarte para siempre en aquel sitio, donde trabajabas?

—No, sólo quería descansar un poco. —Después, en un tono muy cariñoso (o quizá podría definirlo como resignado), agregó—: Me has sorprendido. Tienes una intuición muy fuerte.

Negué con la cabeza.

—Yusuke, yo no te comprendía.

—Ya. La verdad es que no —dijo en tono cariñoso o, quizá, resignado—. ¿Por qué crees que he vuelto?

—¿Por resentimiento contra mí?

—¿Resentimiento? ¿Acaso te viene algo a la memoria? —me preguntó.

—Claro que... Hay algo que me preocupa.

—¿Qué es?

—Cuando me llamaste por teléfono.

—¿Te llamé?

—Sí, cuando me llamaste por última vez.

La última llamada. Nunca pensé que fuera a serlo... Me telefoneó desde el trabajo muy alterado.

Yusuke era profesor de Odontología en una universidad de Medicina. Esa mañana, le había pedido que solicitase la baja laboral porque no se encontraba bien últimamente, y había asentido con la cabeza, resignado. Pocas veces se mostraba tan dócil conmigo. Sin embargo, me sorprendió al llamarme un poco más tarde del mediodía. Me espetó a bocajarro:

—He dejado la universidad.

No dije nada. Pensé al instante que no debía dejar que notara mi desconcierto. Aunque ocultarlo quizá fuera peor.

—¡Ya está hecho, no podía más! —me soltó al final de la conversación, irritado, y colgó repentinamente.

Yusuke tenía muchos problemas: no podía escribir la tesis, no se sentía bien de salud, no acababa de congeniar con los profesores que estaban por encima de él... Y más. Sin embargo, yo no podía parar de pensar en las posibles causas de su desaparición, nadie puede en estos casos. «¿Qué debería haber hecho yo en aquel momento, en aquella ocasión, durante aquella última llamada? ¿Qué debería haber hecho para que Yusuke regresara a casa como todos los días?».

—¿Le has dado muchas vueltas a todo eso? —Yusuke me levantó la cabeza, que mantenía gacha, cubierta con ambas manos. Su rostro estaba muy cerca del mío.

—Sí... Le he dado muchas vueltas durante todo este tiempo.

Las palmas de sus manos me apretaban las sienes. Sus largos dedos comenzaron a moverse como si buscasen algo dentro de mi cabello. Cerré los ojos. Dejé escapar un suspiro. Era muy agradable. Sentí cómo brotaban unas lágrimas con aquel lamento. Sonreí sin querer. Dentro de mí, algo muy duro se estaba ablandando. Sus manos grandes acariciaban mi cabeza, la sopesaban, la cubrían, volvían a sopesarla y la acariciaban. Empezó a apretarme cada vez más, con energía.

—Ay, qué daño... ¡Déjame!

Todas sus fuerzas se concentraban ahora en sus manos, que me presionaban el cráneo. Vi muy de cerca el sudor que rezumaba de su piel aterciopelada, demasiado suave para ser de un hombre. El borde de su frente, el nacimiento del pelo, brillaba por el sudor. Me fijé en un rasguño reciente en el puente de su carnosa nariz. Sin embargo, no podía ser «reciente». Había dicho que los cangrejos se habían comido su cuerpo en el fondo del mar. Le temblaban las mejillas. El blanco de los ojos se iba cubriendo por multitud de venas menudas, segundo a segundo. Dibujaban un mapa de infinitas carreteras entrelazadas. «Ah, ha venido desde un lugar muy lejano...». Vi calles, el destello del mar, una cadena montañosa y el flujo de las nubes. Nun-

ca antes lo había visto. Todos esos elementos, a medida que desfilaban, se iban mezclando en un remolino. El centro del remolino era tan fino como la punta de una aguja, profundo y más negro que el color negro.

Grité. Como si la vela se hubiera apagado de un sople, la habitación quedó en completa oscuridad.

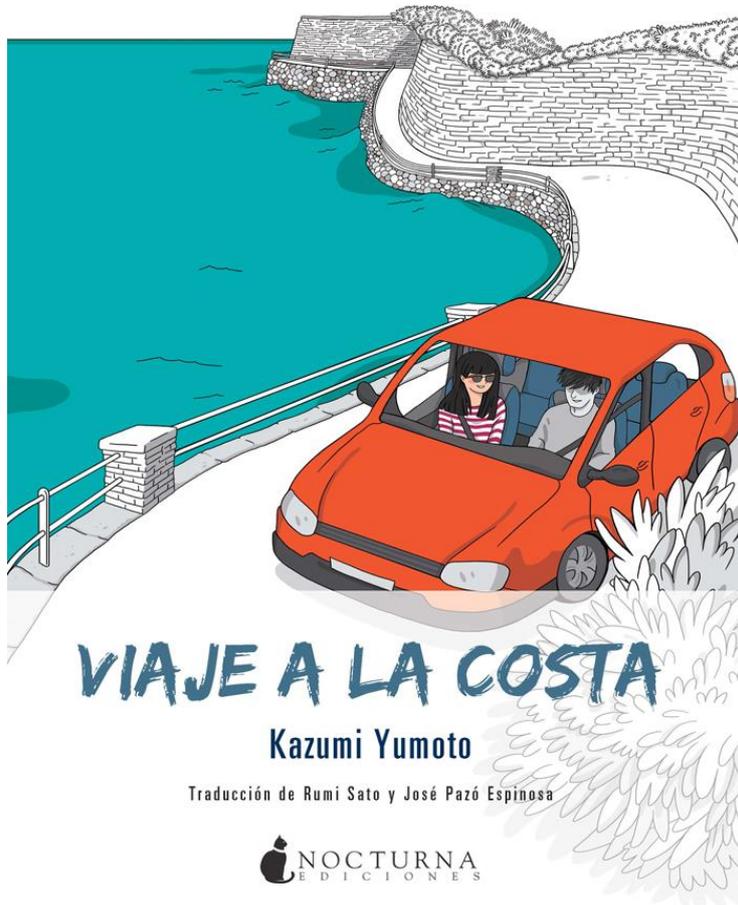
SIGUE LEYENDO

A la venta: **29-2-2016**

VIAJE A LA COSTA

Kazumi Yumoto

*UNA NOCHE, MIZUKI SE ENCUENTRA EN CASA A SU MARIDO.
EL MISMO QUE MURIÓ HACE TRES AÑOS.*



ISBN: 978-84-944243-4-2. **PVP:** 14,90 €

 **NOCTURNA**
EDICIONES

www.nocturnaediciones.com

Distribución en España: UDL Libros (www.udllibros.com)